

## Capítulo 1

# Ley de la evolución intelectual de la Humanidad o ley de los tres estados

2. Según esta doctrina fundamental, todas nuestras especulaciones, cualesquiera, están sujetas inevitablemente, sea en el individuo, sea en la especie, a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo podrán calificar aquí suficientemente, para aquellos, al menos, que hayan comprendido bien su verdadero sentido general. Aunque, desde luego, indispensable en todos aspectos, el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquél, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero; en éste, el único plenamente normal, es en el que consiste, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana.

### I. Estado teológico o ficticio

3. En su primer despliegue, necesariamente teológico, todas nuestras especulaciones muestran espontáneamente una pre-

dilección característica por las cuestiones más insolubles, por los temas más radicalmente inaccesibles a toda investigación decisiva. Por un contraste que, en nuestros días, debe parecer al pronto inexplicable, pero que, en el fondo, está en plena armonía con la verdadera situación inicial de nuestra inteligencia, en una época en que el espíritu humano está aún por bajo de los problemas científicos más sencillos, busca ávidamente, y de un modo casi exclusivo, el origen de todas las cosas, las *causas* esenciales, sea primeras, sea finales, de los diversos fenómenos que le extrañan, y su modo fundamental de producción; en una palabra, los conocimientos absolutos. Esta necesidad primitiva se encuentra satisfecha, naturalmente tanto como lo exige una situación tal, e incluso, en efecto, tanto como pueda serlo nunca, por nuestra tendencia inicial a transportar a todas partes el tipo humano, asimilando todos los fenómenos, sean cualesquiera, a los que producimos nosotros mismos y que, por esto, empiezan por parecernos bastante conocidos, según la intuición inmediata que los acompaña. Para comprender bien el espíritu, puramente teológico, resultado del desarrollo, cada vez más sistemático, de este estado primordial, no hay que limitarse a considerarlo en su última fase, que se acaba, a nuestra vista, en los pueblos más adelantados, pero que no es, ni con mucho, la más característica: resulta indispensable echar una mirada verdaderamente filosófica sobre el conjunto de su marcha natural, a fin de apreciar su identidad fundamental bajo las tres formas principales que le pertenecen sucesivamente.

4. La más inmediata y la más pronunciada constituye el fetichismo propiamente dicho, que consiste ante todo en atribuir a todos los cuerpos exteriores una vida esencialmente análoga a la nuestra, pero más enérgica casi siempre, según su acción, más poderosa de ordinario. La adoración de los astros caracteriza el grado más alto de esta primera fase teológica, que, al principio, apenas difiere del estado mental en que se detienen los animales superiores. Aunque esta primera for-

ma de la filosofía teológica se encuentra con evidencia en la historia intelectual de todas nuestras sociedades, no domina directamente hoy más que en la menos numerosa de las tres grandes razas que componen nuestra especie.

5. En su segunda fase esencial, que constituye el verdadero *politeísmo*, confundido con excesiva frecuencia por los modernos con el estado precedente, el espíritu teológico representa netamente la libre preponderancia especulativa de la imaginación, mientras que hasta entonces habían prevalecido sobre todo el instinto y el sentimiento en las teorías humanas. La filosofía inicial sufre aquí la más profunda transformación que pueda afectar al conjunto de su destino real, en el hecho de que la vida es por fin retirada de los objetos materiales para ser misteriosamente transportada a diversos seres ficticios, habitualmente invisibles, cuya activa y continua intervención se convierte desde ahora en la fuente directa de todos los fenómenos exteriores e incluso, más tarde, de los fenómenos humanos. Durante esta fase característica, mal apreciada hoy, es donde hay que estudiar principalmente el espíritu teológico, que se desenvuelve en ella con una plenitud y una homogeneidad ulteriormente imposible: ese tiempo es, en todos aspectos, el de su mayor ascendiente, a la vez mental y social. La mayor parte de nuestra especie no ha salido todavía de tal estado, que persiste hoy en la más numerosa de las tres razas humanas, sin contar lo más escogido de la raza negra y la parte menos adelantada de la raza blanca.

6. En la tercera fase teológica, el *monoteísmo* propiamente dicho, comienza la inevitable decadencia de la filosofía inicial, que, conservando mucho tiempo una gran influencia social —sin embargo, más que real, aparente—, sufre desde entonces un rápido decrecimiento intelectual, por una consecuencia espontánea de esta simplificación característica, en que la razón viene a restringir cada vez más el dominio anterior de la imaginación, dejando desarrollar gradualmente el sentimiento universal, hasta entonces casi insignificante, de la

sujeción necesaria de todos los fenómenos naturales a leyes invariables. Bajo formas muy diversas, y hasta radicalmente inconciliables, este modo extremo del régimen preliminar persiste aún, con una energía muy desigual, en la inmensa mayoría de la raza blanca; pero, aunque así sea de observación más fácil, estas mismas preocupaciones personales traen hoy un obstáculo demasiado frecuente a su apreciación juiciosa, por falta de una comparación bastante racional y bastante imparcial con los dos modos precedentes.

7. Por imperfecta que deba parecer ahora tal manera de filosofar, importa mucho ligar indisolublemente el estado presente del espíritu humano al conjunto de sus estados anteriores, reconociendo convenientemente que aquella manera tuvo que ser durante largo tiempo tan indispensable como inevitable. Limitándonos aquí a la simple apreciación intelectual, sería por de pronto superfluo insistir en la tendencia involuntaria que, incluso hoy, nos arrastra a todos, evidentemente, a las explicaciones esencialmente teológicas, en cuanto queremos penetrar directamente el misterio inaccesible del modo fundamental de producción de cualesquiera fenómenos, y sobre todo respecto a aquellos cuyas leyes reales todavía ignoramos. Los más eminentes pensadores pueden comprobar su propia disposición natural al más ingenuo fetichismo, cuando esta ignorancia se halla combinada de momento con alguna pasión pronunciada. Así pues, si todas las explicaciones teológicas han caído, entre los occidentales, en un desuso creciente y decisivo, es sólo porque las misteriosas investigaciones que tenían por designio han sido cada vez más apartadas, como radicalmente inaccesibles a nuestra inteligencia, que se ha acostumbrado gradualmente a sustituirlas irrevocablemente con estudios más eficaces y más en armonía con nuestras necesidades verdaderas. Hasta en un tiempo en que el verdadero espíritu filosófico había ya prevalecido respecto a los más sencillos fenómenos y en un asunto tan fácil como la teoría elemental del choque, el memorable ejem-

plo de Malebranche recordará siempre la necesidad de recurrir a la intervención directa y permanente de una acción sobrenatural, siempre que se intenta remontarse a la causa primera de cualquier suceso. Y, por otra parte, tales tentativas, por pueriles que hoy justamente parezcan, constituían ciertamente el único medio primitivo de determinar el continuo despliegue de las especulaciones humanas, apartando espontáneamente nuestra inteligencia del círculo profundamente vicioso en que primero está necesariamente envuelta por la oposición radical de dos condiciones igualmente imperiosas. Pues, si bien los modernos han debido proclamar la imposibilidad de fundar ninguna teoría sólida sino sobre un concurso suficiente de observaciones adecuadas, no es menos incontestable que el espíritu humano no podría nunca combinar, ni siquiera recoger, esos indispensables materiales, sin estar siempre dirigido por algunas miras especulativas, establecidas de antemano. Así, estas concepciones primordiales no podían, evidentemente, resultar más que de una filosofía dispensada, por su naturaleza, de toda preparación larga, y susceptible, en una palabra, de surgir espontáneamente, bajo el solo impulso de un instinto directo, por quiméricas que debiesen ser, por otra parte, especulaciones así desprovistas de todo fundamento real. Tal es el feliz privilegio de los principios teológicos, sin los cuales se debe asegurar que nuestra inteligencia no podía salir de su torpeza inicial y que, ellos solos, han podido permitir, dirigiendo su actividad especulativa, preparar gradualmente un régimen lógico mejor. Esta aptitud fundamental fue, además, poderosamente secundada por la predilección originaria del espíritu humano por los problemas insolubles que perseguía sobre todo aquella filosofía primitiva. No podemos medir nuestras fuerzas mentales y, por consecuencia, circunscribir certeramente su destino más que después de haberlas ejercitado lo bastante. Pero este ejercicio indispensable no podía primero determinarse, sobre todo en las facultades más débiles de nuestra na-

turaliza, sin el enérgico estímulo inherente a tales estudios, donde tantas inteligencias mal cultivadas persisten aún en buscar la más pronta y completa solución de las cuestiones directamente usuales. Hasta ha sido preciso, mucho tiempo, para vencer suficientemente nuestra inercia nativa, recurrir también a las poderosas ilusiones que suscitaba espontáneamente tal filosofía sobre el poder casi indefinido del hombre para modificar a su antojo un mundo, concebido entonces como esencialmente ordenado para su uso, y que ninguna gran ley podía todavía sustraer a la arbitraria supremacía de las influencias sobrenaturales. Apenas hace tres siglos que, en lo más granado de la Humanidad, las esperanzas astrológicas y alquimistas, último vestigio científico de ese espíritu primordial, han dejado realmente de servir a la acumulación diaria de las observaciones correspondientes, como Kepler y Berthollet, respectivamente, lo han indicado.

8. El concurso decisivo de estos diversos motivos intelectuales se fortificaría, además, poderosamente, si la naturaleza de este *Tratado* me permitiera señalar en él suficientemente la influencia irresistible de las altas necesidades sociales, que he apreciado convenientemente en la obra fundamental mencionada al comienzo de este *Discurso*. Se puede así demostrar, primero, plenamente cuánto tiempo ha debido ser el espíritu teológico indispensable para la combinación permanente de las ideas morales y políticas, más especialmente todavía que para la de todas las otras, sea en virtud de su complicación superior, sea porque los fenómenos correspondientes, primitivamente demasiado poco pronunciados, no podían adquirir un desarrollo característico sino tras un despliegue muy prolongado de la civilización humana. Es una extraña inconsecuencia, apenas excusable por la tendencia ciegamente crítica de nuestro tiempo, el reconocer, para los antiguos, la imposibilidad de filosofar sobre los asuntos más sencillos, de otro modo que siguiendo el método teológico, y desconocer, sin embargo, sobre todo entre los politeístas, la insuperable nece-

sidad de un régimen análogo frente a las especulaciones sociales. Pero es menester, además, advertir, aunque aquí no pueda establecerlo, que esta filosofía inicial no ha sido menos indispensable para el despliegue preliminar de nuestra sociabilidad que para el de nuestra inteligencia, ya para constituir primitivamente ciertas doctrinas comunes, sin las que el vínculo social no habría podido adquirir ni extensión ni consistencia, ya suscitando espontáneamente la única autoridad espiritual que pudiera entonces surgir.

## II. Estado metafísico o abstracto

9. Por sumarias que aquí tuvieran que ser estas explicaciones generales sobre la naturaleza provisional y el destino preparatorio de la única filosofía que realmente conviniera a la infancia de la Humanidad, hacen sentir fácilmente que este régimen inicial difiere demasiado hondamente, en todos aspectos, del que vamos a ver corresponder a la virilidad mental, para que el paso gradual de uno a otro pudiera operarse gradualmente, bien en el individuo o bien en la especie, sin el creciente auxilio de una como filosofía intermedia, esencialmente limitada a este menester transitorio. Tal es la participación especial del estado metafísico propiamente dicho en la evolución fundamental de nuestra inteligencia, que, llena de antipatía por todo cambio brusco, puede elevarse así, casi insensiblemente, del estado puramente teológico al estado francamente positivo, aunque esta equívoca situación se aproxime, en el fondo, mucho más al primero que al último. Las especulaciones en ella dominantes han conservado el mismo esencial carácter de tendencia habitual a los conocimientos absolutos: sólo la solución ha sufrido aquí una transformación notable, propia para facilitar el mejor despliegue de las concepciones positivas. Como la teología, en efecto, la metafísica intenta sobre todo explicar la íntima naturaleza de

los seres, el origen y el destino de todas las cosas, el modo esencial de producirse todos los fenómenos; pero en lugar de emplear para ello los agentes sobrenaturales propiamente dichos, los reemplaza, cada vez más, por aquellas *entidades* o abstracciones personificadas, cuyo uso, en verdad característico, ha permitido a menudo designarla con el nombre de *ontología*. No es sino demasiado fácil hoy observar sin dificultad una manera tal de filosofar, que, preponderante todavía respecto a los fenómenos más complicados, ofrece todos los días, hasta en las teorías más sencillas y menos atrasadas, tantas huellas apreciables de su larga dominación<sup>1</sup>. La eficacia histórica de estas entidades resulta directamente de su carácter equívoco, pues en cada uno de estos entes metafísicos, inherente al cuerpo correspondiente sin confundirse con él, el espíritu puede, a voluntad, según que esté más cerca del estado teológico o del estado positivo, ver, o una verdadera emanación del poder sobrenatural, o una simple denominación abstracta del fenómeno considerado. Ya no es entonces la pura imaginación la que domina, y todavía no es la verdadera observación: pero el razonamiento adquiere aquí mucha extensión y se prepara confusamente al ejercicio verdaderamente científico. Se debe hacer notar, por otra parte, que su parte especulativa se encuentra primero muy exagerada, a causa de aquella pertinaz tendencia a argumentar en vez de observar que, en todos los géneros, caracteriza habitualmente al espíritu metafísico, incluso en sus órganos más eminentes. Un orden de concepciones tan flexible, que no supone en

1. Casi todas las explicaciones de costumbre relativas a los fenómenos sociales, la mayor parte de las que conciernen al hombre intelectual y moral, una gran parte de nuestras teorías fisiológicas o médicas, e incluso también diversas teorías químicas, etc., recuerdan todavía directamente la extraña manera de filosofar tan graciosamente caracterizada por Molière, sin ninguna exageración grave, con ocasión, por ejemplo, de la *virtud dormitiva* del opio, de acuerdo con la decisiva conmovición que Descartes acababa de hacer sufrir a todo el régimen de las entidades.

forma alguna la consistencia propia, durante tanto tiempo, del sistema teológico, debe llegar, por otra parte mucho más rápidamente, a la correspondiente unidad, por la subordinación gradual de las diversas entidades particulares a una sola entidad general, la *Naturaleza*, destinada a determinar el débil equivalente metafísico de la vaga conexión universal que resultaba del monoteísmo.

10. Para comprender mejor, sobre todo en nuestros días, la eficacia histórica de tal aparato filosófico, importa reconocer que, por su naturaleza, no es susceptible más que de una mera actividad *crítica* o disolvente, incluso mental, y, con mayor razón, social, sin poder organizar nunca nada que le sea propio. Radicalmente inconsecuente, este espíritu equívoco conserva todos los fundamentos principales del sistema teológico, pero quitándoles cada vez más aquel vigor y fijeza indispensables a su autoridad efectiva; y en una alteración semejante es en donde consiste, en efecto, desde todos los puntos de vista, su principal utilidad pasajera, cuando el régimen antiguo, mucho tiempo progresivo para el conjunto de la evolución humana, se encuentra, inevitablemente, llegado a aquel grado de prolongación abusiva en que tiende a perpetuar indefinidamente el estado de infancia que primero había dirigido tan felizmente. La metafísica no es, pues, realmente, en el fondo, más que una especie de teología gradualmente enervada por simplificaciones disolventes, que la privan espontáneamente del poder directo de impedir el despliegue especial de las concepciones positivas, conservándole siempre, sin embargo, la aptitud provisional para mantener un cierto e indispensable ejercicio de generalización, hasta que pueda, por fin, recibir mejor alimento. Según su carácter contradictorio, el régimen metafísico u ontológico está siempre situado en la inevitable alternativa de tender a una vana restauración del estado teológico, para satisfacer las condiciones de orden, o bien llegar a una situación puramente negativa, a fin de escapar al opresivo imperio de la teología. Esta oscilación necesari-

ria, que ahora no se observa más que frente a las más difíciles teorías, ha existido igualmente en otro tiempo, a propósito de las más sencillas, mientras ha durado su edad metafísica, en virtud de la impotencia orgánica que pertenece siempre a tal manera de filosofar. Si la razón pública no la hubiera rechazado desde hace largo tiempo para ciertas nociones fundamentales, no se debe temer asegurar que las insensatas dudas que suscitó hace veinte siglos, sobre la existencia de los cuerpos exteriores, subsistirían aún esencialmente, porque nunca las ha disipado con certeza por ninguna argumentación decisiva. Se puede contemplar, finalmente, el estado metafísico como una especie de enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad.

11. Como las especulaciones históricas no se remontan casi nunca, entre los modernos, más allá de los tiempos de politeísmo, el espíritu metafísico debe parecer en ellas casi tan antiguo como el mismo espíritu teológico, puesto que ha presidido necesariamente, si bien de un modo implícito, la transformación primitiva del fetichismo en politeísmo, para sustituir ya a la actividad puramente sobrenatural, que, apartada de cada cuerpo particular, debía dejar espontáneamente en él alguna entidad correspondiente. No obstante, como esta primera revolución teológica no pudo entonces engendrar ninguna discusión verdadera, la intervención continua del espíritu ontológico no empezó a ser plenamente característica hasta la revolución siguiente, para reducir el politeísmo a monoteísmo, de quien debió ser el órgano natural. Su creciente influencia debía parecer primero orgánica, mientras permanecía subordinado al impulso teológico; pero su naturaleza esencialmente disolvente hubo de manifestarse luego cada vez más, cuando intentó gradualmente llevar la simplificación de la teología incluso allende el monoteísmo vulgar, que constituía, con absoluta necesidad, la fase extrema verdaderamente posible de la filosofía inicial. Así es cómo el espíritu metafísico, du-

rante los cinco siglos últimos, ha secundado negativamente el despliegue fundamental de nuestra civilización moderna, descomponiendo poco a poco el sistema teológico, que se había hecho por fin retrógrado, desde que la eficacia social del régimen monoteísta se hallaba esencialmente agotada, al término de la Edad Media. Por desgracia, después de haber cumplido, en cada género, este oficio indispensable, pero pasajero, la acción demasiado prolongada de las concepciones ontológicas ha tenido siempre que tender a impedir también toda organización real distinta del sistema especulativo; de manera que el obstáculo más peligroso para el establecimiento final de una verdadera filosofía resulta, en efecto, hoy de este mismo espíritu que a menudo se atribuye todavía el privilegio casi exclusivo de las meditaciones filosóficas.

### III. Estado positivo o real

1.º *Carácter principal: la ley o subordinación constante de la imaginación a la observación.*

12. Esta larga serie de preámbulos necesarios conduce al fin a nuestra inteligencia, gradualmente emancipada, a su estado definitivo de positividad racional que se debe caracterizar aquí de un modo más especial que los dos estados preliminares. Como tales ejercicios preparatorios han comprobado espontáneamente la radical vaciedad de las explicaciones vagas y arbitrarias propias de la filosofía inicial, ya teológica, ya metafísica, el espíritu humano renuncia desde ahora a las investigaciones absolutas que no convenían más que a su infancia, y circunscribe sus esfuerzos al dominio, desde entonces rápidamente progresivo, de la verdadera observación, única base posible de los conocimientos accesibles en verdad, adaptados sensatamente a nuestras necesidades reales. La lógica especulativa había consistido hasta entonces en razonar, con más o

menos sutileza, según principios confusos que, no ofreciendo prueba alguna suficiente, suscitaban siempre disputas sin salida. Desde ahora reconoce, como *regla fundamental* que toda proposición que no puede reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible. Los principios mismos que emplea no son ya más que verdaderos hechos, sólo que más generales y más abstractos que aquellos cuyo vínculo deben formar. Por otra parte, cualquiera que sea el modo, racional o experimental, de llegar a su descubrimiento, su eficacia científica resulta exclusivamente de su conformidad, directa o indirecta, con los fenómenos observados. La pura imaginación pierde entonces irrevocablemente su antigua supremacía mental y se subordina necesariamente a la observación, de manera adecuada para constituir un estado lógico plenamente normal, sin dejar de ejercer, sin embargo, en las especulaciones positivas un oficio tan principal como inagotable para crear o perfeccionar los medios de conexión, ya definitiva, ya provisional. En una palabra, la revolución fundamental que caracteriza a la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las *leyes*, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados. Trátase de los efectos mínimos o de los más sublimes, de choque y gravedad como de pensamiento y moralidad, no podemos verdaderamente conocer sino las diversas conexiones naturales aptas para su cumplimiento, sin penetrar nunca el misterio de su producción.

## 2.º *Naturaleza relativa del espíritu positivo.*

13. No sólo nuestras investigaciones positivas deben reducirse esencialmente, en todos los géneros, a la apreciación sistemática de lo que es, renunciando a descubrir su primer ori-

gen y su destino final, sino que importa, además, advertir que este estudio de los fenómenos, en lugar de poder llegar a ser, en modo alguno, absoluto, debe permanecer siempre *relativo* a nuestra organización y a nuestra situación. Reconociendo, en este doble aspecto, la necesaria imperfección de nuestros diversos medios especulativos, se ve que, lejos de poder estudiar completamente ninguna existencia efectiva, no podríamos garantizar de ningún modo la posibilidad de comprobar así, ni siquiera muy superficialmente, todas las existencias reales, cuya mayor parte acaso debe escapar a nosotros por completo. Si la pérdida de un sentido importante basta para ocultarnos radicalmente un orden entero de fenómenos naturales, se puede pensar, recíprocamente, que la adquisición de un nuevo sentido nos revelaría una clase de hechos de los que ahora no tenemos idea alguna, a menos de creer que la diversidad de los sentidos, tan diferente entre los tipos principales de animalidad, se encuentre en nuestro organismo elevada al más alto grado que pueda exigir la exploración total del mundo exterior, suposición evidentemente gratuita y casi ridícula. Ninguna ciencia puede mostrar mejor que la astronomía esta naturaleza necesariamente relativa de todos nuestros conocimientos reales, puesto que, no pudiendo hacerse en ella la investigación de los fenómenos más que por un único sentido, es muy fácil apreciar las consecuencias especulativas de su desaparición o de su mera alteración. No podría existir ninguna astronomía en una especie ciega, por inteligente que se la suponga, ni acerca de astros oscuros, que son tal vez los más numerosos, ni siquiera si, tan sólo, la atmósfera a través de la cual observamos los cuerpos celestes permaneciera siempre y en todas partes nebulosa. Todo el curso de este *Tratado* nos ofrecerá frecuentes ocasiones de apreciar espontáneamente, del modo más inequívoco, esta íntima dependencia en que el conjunto de nuestras condiciones propias, tanto internas como externas, mantiene inexorablemente a cada uno de nuestros estudios positivos.

14. Para caracterizar lo bastante esta naturaleza necesariamente relativa de todos nuestros conocimientos reales, importa además darse cuenta, desde el punto de vista más filosófico, de que, si nuestras concepciones, cualesquiera que sean, deben considerarse ellas mismas como otros tantos fenómenos humanos, tales fenómenos no son simplemente individuales, sino también, y sobre todo, sociales, puesto que resultan, en efecto, de una evolución colectiva y continua, todos cuyos elementos y todas cuyas fases están en una esencial conexión. Así, pues, si en el primer aspecto se reconoce que nuestras especulaciones deben depender siempre de las diversas condiciones esenciales de nuestra existencia individual, es menester admitir igualmente, en el segundo, que no están menos subordinadas al conjunto del progreso social, de modo que no pueden tener nunca la fijeza absoluta que los metafísicos han supuesto. Ahora bien; la ley general del movimiento fundamental de la Humanidad consiste, en este respecto, en que nuestras teorías tiendan cada vez más a representar exactamente los objetos externos de nuestras constantes investigaciones, sin que, sin embargo, la verdadera constitución de cada uno de ellos pueda ser plenamente apreciada, ya que la perfección científica debe limitarse a aproximarse a aquel límite ideal tanto como lo exijan nuestras diversas necesidades reales. Este segundo género de dependencia, propio de las especulaciones positivas, se manifiesta con tanta claridad como el primero en todo el curso de los estudios astronómicos, considerando, por ejemplo, la serie de nociones, cada vez más satisfactorias, obtenidas desde el origen de la geometría celeste, sobre la figura de la tierra, la forma de las órbitas planetarias, etc. Así, aunque, por una parte, las doctrinas científicas sean necesariamente de naturaleza bastante variable para deber rechazar toda pretensión de absoluto, sus variaciones graduales no presentan, por otra parte, ningún carácter arbitrario que pueda motivar un escepticismo aún más peligroso; cada cambio sucesivo conserva, por lo

demás, espontáneamente a las teorías correspondientes una aptitud indefinida para representar los fenómenos que les han servido de base, por lo menos mientras no hay que sobrepujar el grado primitivo de efectiva precisión.

### 3.º *Destino de las leyes positivas: previsión racional.*

15. Desde que la subordinación constante de la imaginación a la observación ha sido reconocida unánimemente como la primera condición fundamental de toda sana especulación científica, una viciosa interpretación ha conducido con frecuencia a abusar mucho de este gran principio lógico para hacer degenerar la ciencia real en una especie de estéril acumulación de hechos incoherentes, que no podría ofrecer otro mérito esencial que el de la exactitud parcial. Importa, pues, mucho percatarse de que el verdadero espíritu positivo no está menos lejos, en el fondo, del empirismo que del misticismo; entre estas dos aberraciones, igualmente funestas, debe avanzar siempre: la necesidad de tal reserva continua, tan difícil como importante, bastaría por otra parte para comprobar, conforme a nuestras explicaciones del comienzo, cuán maduramente preparada debe estar la auténtica positividad, de tal modo que no puede en forma alguna convenir al estado naciente de la Humanidad. En las leyes de los fenómenos es en lo que consiste, realmente, la *ciencia*, a la cual los hechos propiamente dichos, por exactos y numerosos que puedan ser, nunca procuran otra cosa que materiales indispensables. Considerando el destino constante de estas leyes, se puede decir, sin exageración alguna, que la verdadera ciencia, lejos de estar formada de meras observaciones, tiende siempre a dispensar, en cuanto es posible, de la exploración directa, sustituyéndola por aquella previsión racional, que constituye, por todos aspectos, el principal carácter del espíritu positivo, como el conjunto de los estudios astronómicos nos lo hará

advertir claramente. Una previsión tal, consecuencia necesaria de las relaciones constantes descubiertas entre los fenómenos, no permitirá nunca confundir la ciencia real con esa vana *erudición* que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducirlos unos de otros. Este gran atributo de todas nuestras sanas especulaciones no importa menos a su utilidad efectiva que a su propia dignidad; pues la exploración directa de los fenómenos realizados no podría bastar para permitirnos modificar su cumplimiento, si no nos condujera a preverlos convenientemente. Así, el verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en *ver para prever*, en estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales<sup>1</sup>.

4.º *Extensión universal del dogma fundamental de la invariabilidad de las leyes naturales.*

16. Este principio fundamental de toda la filosofía positiva, sin estar aún, ni mucho menos, extendido suficientemente al conjunto de los fenómenos empieza felizmente, desde hace tres siglos, a hacerse de tal modo familiar, que, a causa de las costumbres absolutas anteriormente arraigadas, se ha desconocido casi siempre hasta ahora su verdadera fuente, esforzándose, según una vana y confusa argumentación metafísica

1. Sobre esta apreciación general del espíritu y de la marcha propios del método positivo, se puede estudiar con mucho fruto la preciosa obra titulada: *A system of logic, ratiocinative and inductive*, publicada recientemente en Londres (John Parker, West Strand, 1843), por mi eminente amigo Mr. John Stuart Mill, tan plenamente asociado desde ahora a la fundación directa de la nueva filosofía. Los siete últimos capítulos del tomo primero contienen una admirable exposición dogmática, tan profunda como luminosa, de la lógica inductiva, que no podrá nunca, me atrevo a asegurarlo, ser concebida ni caracterizada mejor permaneciendo en el punto de vista en que el autor se ha puesto.

ca, por representar como una especie de noción innata, o al menos primitiva, lo que no ha podido resultar, ciertamente, sino de una lenta inducción gradual, a la vez individual y colectiva. No sólo ningún motivo racional, independiente de toda exploración exterior, nos indica primero la invariabilidad de las relaciones físicas; sino que es incontestable, por el contrario, que el espíritu humano experimenta, durante su larga infancia, una vivísima inclinación a desconocerla, incluso allí donde una observación imparcial se la mostraría ya, si no estuviera entonces arrastrado por su tendencia necesaria a referir todos los sucesos, cualesquiera que fueran, a voluntades arbitrarias. En cada orden de fenómenos existen, sin duda, algunos bastante sencillos y familiares para que su observación espontánea haya sugerido siempre el sentimiento confuso e incoherente de una cierta regularidad secundaria; de manera que el punto de vista puramente teológico no ha podido ser nunca, en rigor, universal. Pero esta convicción parcial y precaria se limita mucho tiempo a los fenómenos menos numerosos y más subalternos, que ni siquiera puede entonces preservar de las frecuentes perturbaciones atribuidas a la intervención preponderante de los agentes sobrenaturales. El principio de la invariabilidad de las leyes naturales no empieza realmente a adquirir alguna consistencia filosófica sino cuando los primeros trabajos verdaderamente científicos han podido manifestar su esencial exactitud frente a un orden entero de grandes fenómenos; lo que no podría resultar suficientemente más que de la fundación de la astronomía matemática, durante los últimos siglos del politeísmo. Según esta introducción sistemática, este dogma fundamental ha tendido, sin duda, a extenderse, por analogía, a fenómenos más complicados, incluso antes de que sus leyes propias pudieran conocerse en modo alguno. Pero, aparte de su esterilidad efectiva, esta vaga anticipación lógica tenía entonces demasiada poca energía para resistir convenientemente a la activa supremacía mental que aún conservaban las ilusiones

teológico-metafísicas. Un primer bosquejo especial del establecimiento de las leyes naturales respecto a cada orden principal de fenómenos, ha sido luego indispensable para procurar a tal noción esa fuerza inquebrantable que empieza a presentar en las ciencias más adelantadas. Esta convicción misma no podría hacerse lo bastante firme mientras no se ha extendido verdaderamente una elaboración semejante a todas las especulaciones fundamentales, ya que la incertidumbre dejada por las más complejas debía afectar entonces más o menos a cada una de las otras. No se puede desconocer esta tenebrosa reacción, incluso hoy, donde, a causa de la ignorancia aún habitual acerca de las leyes sociológicas, el principio de la invariabilidad de las relaciones físicas queda a veces sujeto a graves alteraciones, hasta en los estudios puramente matemáticos, en que vemos, por ejemplo, preconizar todos los días un pretendido cálculo de probabilidades, que supone implícitamente la ausencia de toda ley real acerca de algunos sucesos, sobre todo cuando el hombre interviene en ellos. Pero cuando esta extensión universal está por fin suficientemente bosquejada, condición que ahora se cumple en los espíritus más adelantados, este gran principio filosófico adquiere luego una plenitud decisiva, aunque las leyes efectivas de la mayoría de los casos particulares deban permanecer mucho tiempo ignoradas; porque una irresistible analogía aplica entonces de antemano a todos los fenómenos de cada orden lo que no ha sido comprobado sino para algunos de entre ellos, siempre que tengan una importancia conveniente.

## Capítulo 2

### Destino del espíritu positivo

17. Después de haber considerado el espíritu positivo en relación con los objetos exteriores de nuestras especulaciones, es menester acabar de caracterizarlo apreciando también su destino interior, para la satisfacción continua de nuestras propias necesidades, bien conciernen a la vida contemplativa o a la vida activa.

#### I. Constitución completa y estable de la armonía mental, individual y colectiva: todo referido a la Humanidad

18. Aunque las necesidades puramente mentales sean, sin duda, las menos enérgicas de todas las que son inherentes a nuestra naturaleza, es incontestable, sin embargo, que existen en toda inteligencia: constituyen el primer estímulo indispensable para nuestros distintos esfuerzos filosóficos, atribuidos, sobre todo, con excesiva frecuencia, a los impulsos prácticos, que los desarrollan mucho, ciertamente, pero no podrían hacerlos brotar. Estas exigencias intelectuales, relativas, como todas las demás, al ejercicio regular de las funciones correspondientes, reclaman siempre una feliz combinación de esta-